Una tarde, dos viageros sorprendidos por la tempestad en medio de sus correrías por las mantañas, se vieron precisados á buscar un abrigo en la hermita. Eran los viageros un artista francés y un italiano amigo suyo. Tocaron fuertemente la campana, el hermitaño se dió prisa en abrir, enciende fuego para que se sequen y les ofrece algunas groceras provisiones que el hambre hace que parezcan excelentes.

Aquella hermita era sombría y á penas recibia una poca de luz por una alta claraboya. Le cabeza del hermitaño alumbrada solamente por la llama de la chimenea, tenia un carácter tan pintoresco y enérgico, que el artista concibió el deseo de retratarlo.

Con mucha dificultad hubo de consentir en ello el solitario; pero en fin, cedió. Tomó la posicion que le era habitual, esto es, un poco inclinado el cuerpo, juntas las manos sobre el rosario, y su fisonomía espresaba entonces el recogimiento y la calma propia de un piadoso solitario. Pero habiendo recaido muy pronto la conversacion sobre la guerra que desolaba entonces al Norte de la Italia, levantóse la cabeza del hermitaño, sus ojos se animaron, y el amigo del artista francés, reconociendo con asombro debajo de la capucha de un anacoreta un hombre de un rango elevado, que en un momento de violencia habia en otro tiempo cometido un homicidio, no pudo contener el grito.

Advierto que me habeis reconocido, dijo el hermitaño. Ved aquí un gran culpable. Me ha perdonado la justicia humana, pero no por eso he dejado de aborrecer mi crímen, y los remordimientos me iban á hacer caer en la desesperacion, cuando la religion me abrió sus brazos y me salvó. Distribuí toda mi fortuna entre los pobres y he venido á sepultarme en este desierto en que vivo del trabajo de mis manos.

Ofrezco á Dios mi arrepentimiento y espero en su misericordia.

Emulacion.

Cualquiera que sea la semejanza que parece haber entre la envidia y la emulacion, hay entre ellas la misma distancia que la que se encuentra entre el vicio y la virtud.

Es la emulacion un sentimiento voluntario, animoso, sincero, que hace al alma fecunda, que la inclina á aprovecharse de los grandes ejemplos y le lleva con frecuencia mas allá de lo que ella admira.

Los elogios que han merecido las almas fuertes y elevadas, aumentan el ardor y el poder; se avergonzarían de no permanecer fieles á su gloria y de no darle mayor brillo por medio de acciones mas bellas aún. (Varios autores.)

FUERTE EMULACION.

San Agustin, retirado al campo con algunos amigos, instruia allí á dos jóvenes llamados Licent y Trigecio. Habia establecido unas conferencias en las que los hacia hablar sobre diferentes materias. Cada uno sostenia su opinion y respondia á las objeciones escribiendo todo lo que se decia. Se le escapó un dia á Trigecio una respuesta que no era del todo exacta y que queria él que no se pusiera por escrito. Por su parte, Licent insistia con empeño y pedia que se escribiera. Se acaloraron ambos.

Reprendió San Agustin severamente á Licent porque se turbó demasiado en aquel acto; y muy contento el otro de la confusion y trastorno de su adversario, no pudo disimular su alegría. Conmovido el santo vivamente, viendo el secreto despecho del uno y la maligna alegría del otro: ¡Así es esclamó, como os portais? ¿Es acaso esto el amor de la verdad y de la virtud de que me lisongeaba hace un momento, y

que estabais uno y otro buscando? Me causais vosotros una afliccion muy cruel. Acabando de decir estas palabras derramaba abundantes lágrimas.

Si creeis, añadió, deberme alguna correspendencia de amor y de ternura, todo el agradecimiento que os exijo es que seais buenos y que esteis unidos.

Enternecidos los discípulos con esto, solo trataron de consolar á su maestro por medio de un pronto arrepentimiento respecto del presente y de sinceras promesas para el porvenir. ¿Merecia la falta de estos jóvenes que el maestro se afectara tanto por ella? ¿No es esto lo que frecuentemente sucede en esta especie de disputas? Querer desterrar esta vivacidad y esta sensibilidad ¿no seria extinguir todo el ardor del estudio y embotar la punta de un aguijon que en esta edad es necesario?

No era esto lo que se proponia San Agustin; solamente trataba de contener en sus justos límites una emulacion noble é impedir que degenerara en orgullo: muy lejos estaba de querrer curar esta pasion por medio de otra, que tal vez no es menos peligrosa; quiero decir, la pereza y la indolencia. ¡Cuán digno seria yo de lástima, dijo, si tuviese unos discípulos en los cuales un vicio no se puede corregir sino con otro vicio.

NOBLE EMULACION Y VIL ENVIDIA. Siglo XVI.

En una de las mas célebres escuelas de pintura, en la Italia, un jóven llamado Guidoto, hizo un cuadro que obtuvo la mayor aprobacion. Lo admiraron los maestros y declararon de conformidad que si este alumno seguia como habia comenzado, llegaria á ilustrar su nombre. Fué visto el cuadro por dos de sus compañeros de escuela, con ojos muy diferentes. Brunelo, alumno mas antiguo que él y que habia adquirido alguna reputacion, se picó por la superioridad del jóven artista. Consideró el honor obtenido por su émulo como una usurpacion del suyo propio y deseó apasionadamente verlo perder la fama que acababa de adquirir.

Lorenzo, alumno de la misma escuela, no pensaba así, sino que se hizo uno de los mas sinceros admiradores de Guidoto. Deseó ardientemente merecer algun dia los mismos elogios; lo tomó por modelo, y toda su ambicion se redujo á seguir sus huellas. Entró apasionadameute en la carrera del progreso. Por muy largo tiempo Lorenzo estuvo poco satisfecho de sus esfuerzos, pero uo se cansaba de renovarlos. ¡Ay! esclamaba, cuán distante me hallo todavía de Guidoto! Sin embargo, tuvo por fin la satisfaccion de notar que comenzaba á conseguir su objeto, y habiendo grangeado vivos aplausos con motivo de una de sus obras, dijo para sí, ¿por que no he de poder yo tambien igualar un dia al émulo que admiro y á quien amo? Seguia entre tanto Guidoto el curso de sus triunfos. Continuó aún Brunelo haciendo inútiles esfuerzos para disputarle la palma, pero muy pronto abandonó esta lucha y se comsoló con sarcasmos dictados por la envidia; y exajeraciones de una crítica apasionada.

Era costumbre que en determinado dia del año, cada alumno espusiera un cuadro en un salon, donde unos examinadores peritos decretarian una corona para el autor del que juzgaran mejor.

Habia hecho Guidoto para este gran dia, un cuadro en el que se habia aventajado á sí mismo. Lo concluyó el dia anterior á la esposicion y no le faltaba mas que realzar el color con un barniz trasparente.

El envidioso Brunelo, tuvo la punible habilidad de echar en la redoma que contenia el barniz algunas gotas de una preparacion cáustica, cuyo efecto era destruir enteramente la frescura y brillantez de la pintura. Guidoto dió este barniz por la noche á la luz de las bujías; y antes de que amaneciera colgó su cuadro en el lugar que le estaba destinado. Lorenzo por su parte habia colgado su cuadro en la exposicion con grande sobresalto. Lo habia trabajado con el mayor cuidado, y no obstante su modestia se habia atrevido á esperar que ella no seria inferior á las primeras obras de Guidoto. Sonó la hora deseada; llegan los jueces del concurso, se abre el salon, recojen las cortinas y los cuadros se iluminan con la luz que les es mas favorable. Se dirigen primero al de Guidoto; pero cuando en lugar de la obra maestra que esperaban no se vió mas que una costra empañada y llena de manchas, no se escuchó sino una sola voz, que decia: ¡Es imposible que esta sea la obra del primer artista de esta escuela!

Se acerca el desgraciado y testigo él mismo del horrible cambio que habia sufrido la obra de su mano, desespera y exclama: He sido traicionado. El vil Brunelo se complacia en su dolor, pero Lorenzo participaba de él. ¡Es una iniquidad! ¡Es un crímen! esclamaba este último; no es esta la obra de Guidoto, yo la he visto; estaba ella tan perfecta en el colorido como en el dibujo.

Todos los espectadores sintieron la desgracia de Guidoto, pero era imposible poner el premio á un cuadro que se hallaba en semejante estado.

Examinaron todos los otros. El cuadro de Lorenzo, artista poco conocido hasta entonces, obtuvo la preferencia y le fué asignado el premio; pero al recibirlo Lorenzo fué y se lo presentó á Guidoto. Tomad, le dijo, lo que vuestro mérito os habria indudablemente proporcionado, si la envidia no os hubiera perversamente traicionado; bastante honor es para mí ser el segundo respecto de vos. Si andando el tiempo consigo llegar á igualaros, solo será por nobles esfuerzos y no por un indigno fraude.

Este comportamiento llenó de complacencia á los asistentes todos. Se resolvió que Guidoto, sin embargo de su resistencia, conservaria el premio que le cedia su jóven émulo y que un premio de igual valor se señalara á Lorenzo.

Eleccion de las compañías que se han de frecuentar.

La compañía de las personas honradas es un tesoro.

Nada es mas apropósito para hacer á una alma buena, para fijar sus dudas y para corregir sus malas inclinaciones, que el trato con gentes de buena conducta; sus conversaciones, su simple vista, tienen una influencia que se hace sentir hasta el fondo del corazon, y sirven como de preceptos.

El buen ejemplo dispone las almas para el bien: de él sale una fuerza saludable que anima; y es un aire que sana y fortifica.

Dime con quién andas y te diré quién eres.

Es mejor estar solo que en compañía de los malvados. (Varios autores.)

BUENA COMPAÑIA.

Un poeta persa, Saadi, espresa por medio de este apólogo, cuál es en el hombre la feliz influencia de la sociedad de las personas honradas.

Me paseaba, dice, y ví á mis piés una hoja medio seca que exhalaba un suave olor. La alzo y la respiro con delicia. ¿Tú que exhalas tan dulces perfumes, le dije, eres la rosa? Nó, me contestó, no soy la rosa, pero he vivido algun tiempo con ella, y de allí proviene el dulce perfume que derramo.

MALA COMPAÑIA.

Encontró un filósofo á un jóven acompañado de uno de sus camaradas conocido por sus desarreglos. Tuvo vergüenza el jóven de ser visto con una tan mala compañía, y se puso demudado. "Valor, hijo mio, le dijo el sábio, tengo mucho gusto al ver en tí esta señal de pudor, pero seria mucho mejor te juntaras con gentes cuya sociedad no pueda hacerte sonrojar."

FUNESTOS EFECTOS DE LAS MALAS COMPAÑIAS EN LA JUVENTUD. 1839.

Un niño llamado Jacot, habia tenido la desgracia de perder á su padre, teniendo á penas cerca de catorce años. Si hubiera vivido este, le habria evitado frecuentar las malas compañías; pero su madre no podia vigilar bien. Le habia ella prohibido espresamente ir á una po-

sada que estaba en las orillas de la poblacion. Mucha razon tenia para hacerle semejante prohibicion, porque habia en ella muchachos malvados y sirvientes viciosos.

Olvidando un dia Jacot las órdenes de su madre, fué á aquella casa. Mirando al patio, notó que estaban allí un postillon y un mozo de caballeriza, ambos un poco mayores de edad que él, y que con unas monedas jugaban á la pítima.

Oyó al jóven de caballeriza que decia al estar jugando: al comenzar, no tenia yo mas que un sueldo y ahora tengo ocho, y sonaba sus monedas en la bolsa de su vestido.

Tenia entonces Jacot en su bolsa un sueldo que le habia dado su madre, y experimentó un violento deseo de ir á jugar con aquellos dos jóvenes. Al entrar al patio se detuvo. Se acordó que le habia prohibido su madre ir á aquel sitio, y que tambien le habia evitado que jugara dinero; pero fué mas fuerte la tentacion que su voluntad.

Se adelantó, pues, y propuso al jóven de caballeriza que jugara con él. Consintió en ello, y Jacot, despues de haber jugado dos horas, vió que habia ganado tres sueldos. Empleó su dinero en comprar cerezas, y se sentó á sus anchas á comerlas en el banco de la posada. Mientras comia, oyó al postillon y á su compañero que platicaban. Los juramentos y sus alborozos le causaban miedo y disgusto, porque aun no era un perverso; pero se acostumbró poco á poco á su modo de expresarse y pronto los imitó.

Casi todos los dias, en vez de ir á la escuela, volvia al patio de la posada y permanecia allí horas enteras. Dejó muy pronto de espantarle el vicio, se acostumbró á jugar, á jurar y á mentir. Por la noche le decia á su madre que habia ido á la escuela, y en el dia le contaba al preceptor que le ayudaba á su madre en el trabajo.

Para colmo de su desgracia, se unió íntimamente con el jóven con quien habia jugado la primera vez, que era un mal sugeto capaz de todo. A fuerza de jugar con él, Jacot le debia ya tres francos, que para él era una cantidad considerable. El jóven queria su dinero para ir á una fiesta al siguiente dia á una poblacion vecina, en la que pensaba divertirse. Quiso llevar á Jacot, pero para ello se necesitaba dinero y él no lo tenia.

Le prometió Jacot pedir esta cantidad á uno de sus camaradas llamado Enrique, que era un modelo de prudencia y de buena conducta. Trabajaba diariamente Enrique en una fábrica, sus padres le dejaban el dinero que ganaba, y él lo reunia con cuidado á fin de comprar vestidos á su hermana para el dia que hiciera su primera comunion. Pidió pues Jacot tres francos á Enrique, quien no quiso prestárselos porque veia que los queria para hacer mal uso de ellos.

Volvió avergonzado á ver á su mal compañero. Este se enojó mucho con Jacot. Quiero absolutamente que me pagues, le dijo: si no quiere Enrique prestarte tres francos, tómalos sin que él lo sepa; tú debes saber en dónde guarda su dinero. Toma tres piezas de á un franco y pasado mañana los volverás á poner donde estaban, porque en esta funcion jugaremos y ganaremos, estoy seguro de ello.

Espantó esta proposicion á Jacot. Sí, sin duda ninguna, yo sé en donde pone Enrique su dinero; es en una maceta vieja medio quebrada, en el rincon de la caballeriza donde se acuesta; pero no haré lo que me pides, esto seria una cosa horrible.

Se burló el jóven de él y le echó en cara sus escrúpulos. El desgraciado Jacot se dejó por fin persuadir y convinieron en ejecutar juntos este odioso proyecto á la siguiente noche. Así es como la mala compañía puede conducir á toda especie de delitos.

Oyó á media noche Jacot que llamaban muy suavemente á su ventana; esta era la señal convenida entre él y su cómplice. Lo hizo estremecerse la idea de la accion que iba á ejecutar; permaneció inmóvil con la cabeza cubierta con su cobija, hasta que oyó llamar por segunda vez. Se levantó entonces, se vistió, abrió su ventana que estaba casi al nivel de la calle. Su camarada le dijo con una voz sombría: ¿Estas listo? No respondió nada, salió por la ventana y siguió al miserable.

Llegaron á la puerta de la caballeriza; una negra nube que pasó por sobre la luna los sumergió en una profunda oscuridad. ¿En dónde estamos? dijo Jacot, que trataba de asegurar sus pasos apoyándose contra la pared. ¿En dónde estás? háblame, y alargó la mano. El depravado jóven le tomó la mano con la suya. ¿Es esta tu mano, le dijo á Jacot? está fria como un mármol.

000915

Vámonos pues, dijo Jacot, es tiempo todavía. No, replicó el otro abriendo la puerta, te has adelantado demasiado para poder volver atrás; y empujó á Jacot á la caballeriza: estaba este temblando. Sabia bien en donde estaba la maceta y sin embargo, no podia hallarla. Temia que despertara Enrique: creia continuamente oir pasos y voces en la caballeriza y se helaba su sangre en sus venas: encontró por fin la maceta y la llevó en frente de la puerta, con todo el dinero que en ella habia.

Alejándose en este momento la nube negra, permitió que brillara la luna con toda claridad.

Salvémonos pronto, dijo el jóven à Jacot arrebatándole de entre las temblorosas manos la maceta. ¡Justo cielo! esclamó Jacot, pues qué ¿quieres llevarlo todo? ¿no me habias dicho que solamente querias tomar tres francos, y que los devolveríamos pasado mañana sin falta?

Cállate, replicó el otro, y echó á andar sin escuchar á su camarada, añadiendo: si he de ir algun dia á prision, no quiero que sea por tres francos

Al oir esto Jacot, se heló la sangre de sus venas y se erizaron sus cabellos. Ya no dijeron ni una sola palabra; se fué Jacot á su cuarto mientras su cómplice se llevaba el dinero.

Durante el resto de la noche, Jacot sufrió horriblemente. A penas comenzaba á dormirse cuando era atormentado por sueños espantosos que le despertaban asustado, y cuando estaba despierto, lo hacia estremecerse el mas ligero ruido. A penas se atrevía á respirar; creia que el dia no llegaria jamás; pero cuando amaneció y que las aves comenzaron á cantar, se sintió mas desgraciado todavía.

Era domingo, llamaba la campana á misa; todos los niños de la poblacion, adornados con sus mejores vestidos y llenos de inocencia y de alegría, llegaban en multitud á la puerta de la iglesia, y Enrique, que era el mas juicioso, era tambien el que manifestaba mas contento. No sospechaba la desgracia que le habia sucedido, porque al levantarse solo habia pensado en Dios y no en mirar su dinero.

En medio de todos los niños tan alegres, Jacot estaba triste y sombrío. Se acercó á él Enrique sonriendo, y viéndolo Jacot se puso pálido como la muerte y se fué corriendo para evitar sus miradas. Lo

martirizaba el pensamiento de su crimen y creia que todos podian leerlo sobre su frente. Le parecia que cuantos pasaban cerca de él decian al verlo: ¡Hé aquí un ladron! Quiso algunas veces acercarse á Enrique y confesarle su delito, pero la vergüenza lo retenia.

Luego que concluyó la misa, se fué á la posada. Se encerró allí un instante con su cómplice, que en vano se esforzaba en disipar sus temores. Dividieron el dinero; cada uno puso la mitad en su bolsa, y marcharon para ir á la funcion del pueblo vecino.

Entretanto, Enrique, despues de la misa, habia ido á visitar su pequeño tesoro. Sintió un estremado dolor cuando advirtió que se lo habian robado. Sus gritos y sollozos llamaron la atencion de sus padres, en cuyos brazos se echó..... ¡Cuán desgraciado soy! esclamó: todo lo he perdido; me han tomado el dinero que economizaba para mi hermana. ¡Estaba yo tan contento al pensar que habia ganado todo esto con mi trabajo! ¡Esperaba causaros tanto gusto como á ella!

Todas las personas que salian de la iglesia se detuvieron en frente de la casa de los padres de Enrique. Todas las gentes inquirian y tomaban parte en su dolor; muy pronto se llenó la calle de espectadores. Le preguntaron á cuánto llegaba su pequeño tesoro. ¡Ay! dijo él, se componia de piezas de cincuenta céntimos y un franco, que me daban los juéves en la fábrica. Segun los iba recibiendo, me divertia en grabar en ellos un número con la punta de mi cuchillo. La primer moneda que recibí, tenia el número uno, y así las demas. Habia cuarenta de ellas que valian por junto treinta francos.

En estos momentos acertó á pasar por allí una mujer piadosa. Era una lechera de un rancho vecino, que atravesaba el pueblo para llevar su leche á la ciudad. Penetró por entre la multitud de gente con bastante dificultad y dijo á los padres de Enrique: ¿No estais hablando de piezas de cincuenta céntimos que se han perdido ó que han sido robadas? Hace muy poco que acaban de darme una, tiene el número tres; mirad ¿la reconoceis?

Hablando asì, presentó ella la pieza que Enrique conoció al momento. Todos los presentes esclamaron, preguntando á la lechera quién le habia dado aquella pieza, y ella respondió:

"Ahora mismo, al entrar yo á la poblacion, encontré dos jóvenes al volver de la calle; parecia que iban muy de prisa y corrian con tanta velocidad, que derramaron uno de mis cántaros lleno de leche. Grité desde luego contra ellos. El mayor me contestó con injurias y el menor sacó con precipitacion de su bolsa esta pieza, y me la dió. Poco mas ó menos es lo que valia mi leche; despues siguieron corriendo. Esclamaron todos entonces: ¿los conoceis? ¿sabeis á dónde van?

Conozco al mas grande, dijo la lechera, lleva una chupa encarnada, es el mozo de caballerizas de la posada; al otro que es mas jóven, no lo conozco; llevaban el camino del pueblo en que hay hoy una funcion y si los siguen con empeño, muy pronto los aprenderán.

Ninguno tuvo ya duda de que estos dos jóvenes eran los ladrones. Admiraban y bendecian á la Providencia que habia permitido que los culpables fuesen tan prontamente descubiertos. Ocho ó diez jovenes se precipitaron á correr tras ellos. Todos los otros vecinos del lugar permanecieron con Enrique, teniendo fijas las miradas en el camino por donde habian ido en persecucion de los ladrones. Finalmen, algunas personas que se habian retirado bastante de la casa, volvieron corriendo y gritando: ¡Vedlos, los han cogido!

Llegaron los jóvenes trayendo consigo al mozo de vestido encarnado, que forcejeaba inútilmente contra ellos: traian tambien á Jacot; que se dejaba conducir sin resistencia, que derramaba lágrimas copiosas. Habia sumídose su casquete sobre la frente y bajaba la cabeza. Se notaba bien que sollozaba, pero no lo habian conocido.

Lo precisaron á que se quitara su casquete. Enrique dió un grito al conocer á su amigo. Postróse Jacot de rodillas y confesó llorando su crímen con todas las circunstancias.

Se llenaron todos de horror y se penetraron de lástima. ¡Tan jóven y ser ya tan criminal! decian, ¡desgraciado! ¿quién ha podido arrastrarte á una accion semejante? La mala compañía.

Todos los padres de familia que se hallaban presentes, tomaban á sus hijos por la mano y los apretaban contra su corazon diciendo: ¡Bendito sea Dios! ¡no es mi hijo! ¡Oh hijo mio! mira á donde conduce una mala compañía. Se encontraron en los bolsillos de los culpables todas las monedas, á ecepcion de la pieza de cincuenta céntimos,

que habia recibido la lechera, quien se la regaló á Enrique. Queria este que se perdonara á Jacot. No, dijeron; es mejor que vaya ahora á una casa de correccion que no mas tarde á un presidio.

Estaba el mozo de caballerizas sumergido en el abatimiento, trataba de disculparse acusando á Jacot, y decia que era este quien lo habia inducido á cometer el crímen; pero nadie quiso creerlo.

Este miserable, que se hallaba en estado de reincidencia, sufrió la pena merecida. Jacot fué puesto en una casa de correccion en que estuvo algun tiempo, pasado el cual volvió á la aldea, se portó siempre bien y mereció volver á ser el amigo de Enrique.

Instruccion, estudio.

Si dedicais todos los dias algunos momentos á la lectura sin que nunca negocio ni diversion alguna os distraiga, estareis al fin del año admirado y satisfecho de vuestros adelantos.

El estudio quita el fastidio, disminuye la tristeza, calma el dolor; él anima y puebla la soledad.

Divertirse es un gran bien; pero es un bien mayor todavía instruirse. La lectura que reune estas dos ventajas, es semejante á un fruto delicioso y nutritivo al mismo tiempo.

Los buenos libros son el fruto de los mejores talentos, el resúmen de sus conocimientos y el producto de sus grandes desvelos; el estudio de toda una vida, se puede recoger en algunas horas; este es un gran recurso.

Son los libros para el alma, lo que los alimentos para el cuerpo. (Diversos autores)